

POR LA POSTA

PINTURAS Y RETRATOS

Esta carta, querido amigo, debí escribirla hace unos días cuando le ofrecieron en el primer piso de Fornos unos cuantos devotos del arte y la pintura española. Se me pasó la oportunidad de adherirme al agasajo, y ahora le ruego que, recordando la agradable fiesta, me haga el favor de considerarme como si hubiera sido uno más entre los que levantaron la copa en honras del magnífico logro y al auge y prosecución de sus victorias.

He recibido ante los cuadros que reunió usted para mostrárnoslos, en los bajos de la Biblioteca Nacional, la austera y consoladora lección de energía y tenacidad que esperaba de su temple, y que además me habían anunciado algunas de las críticas leídas. Esta energía y tenacidad culminan en la pugna encarnizada, casi física y muscular, de boca prieta y contraído entrecejo que se le está viendo sostener para darles carácter a sus retratos, y que en el de Pio Baroja, por ejemplo, llega en mi concepto a plenitud de logro.

Su fina agilidad mental y el tino feliz de su nativo buen gusto toman de esta energía y tenacidad el remanente preciso de velocidad adquirida para moverse casi solos y campar libérrimos en algunos “bodegones”, y otras telas que llaman “naturaleza muerta” en Francia. De ahí la suavidad y soltura de la mano y la despreocupación del asunto en sí, que le permiten en estos cuadros lanzarse a novedades de color y a audacias encantadoras. En casi todos, se añade al valor anecdótico una sanción de calidades muy del gusto de hoy; y en algunos hasta se alude sobriamente a la belleza esencial de los volúmenes, en cuya estilización están empeñados los hombres de vanguardia. La gama de colores, voluntariamente especializada y preparada para esta clase de cuadros y el modo de extender la pintura sobre la tela, sin apoyar, acariciando apenas bultos y masas con delectación de “virtuoso”, son otras peculiaridades de este sector de Exposición. Para mí, sin embargo, daña un poco el efecto de conjunto de repetición, monótona a veces, del mismo propósito en casi todas las obras de esta clase; repetición que haría pensar en la “manera” y en la “receta”, si no saltara a los ojos, que es natural consecuencia de una facilidad lograda al final de esfuerzos ímprobos, y si no la valorizara humanísimamente un cierto dejo de comprensible regodeo y complacencia sensual en la “trouville”.

No es posible que escape al observador atento la patética dulzura del alma que anima, acá y allá, pequeños paisajes, rincones húmedos de tierra vasca, en los que ciertos prestigios sentimentales de la anécdota y del asunto en sí, que olvidan un poco las meras de hoy, quedan bien recogidos al paso, y expresados con una verdad de geografía y emoción perfectamente interesantes.

Piden párrafo aparte en mi sentir algunas figuras de mujer, morosas evocaciones de ambiente colonial que nimba y envuelve sin que el espectador avisado pueda escapar a la obsesión de este recuerdo, el “Noa-noa” de Gauguin.

Otras figuras de mendigos y pobres mujeres logran reproducir, como en definitiva perfección de quieta victoria, poemas de pinturas clásicos... (Pero ¿no duelen un poco, la sangre, la energía, la indecible voluntad desperdiciadas en tamaña empresa para llegar, en definitiva, a una “monumentalización” lograda ya?). Finalmente, dos de las telas correspondientes a esta sección - una de ellas un grupo de mujeres y otra una figura sola - me han traído el recuerdo que seguramente no tenía con que Isidro Nonell labraba como arañando, obscuras masas con colores trágicos....

Si no temiera darle a esta mía proporciones impropias de una carta, me detendría aun en la diversidad de rumbos que parecen indicarse en muchas de las obras de este grupo, a las que se ha llegado desde tan diversos puntos de vista con inquietud espiritual tan grande y en cuyo conjunto vibran todavía y se manifiestan a las claras voluntades de evolución y pesquisa que sugieren caracteres inéditos y posibilidades de forma y color sin precedentes...

Hecho con deleite el recorrido de los tres departamentos de la exposición, despedámonos en el grande, que el público parecía preferir, de los retratos: grave sonado de almas, donde si “son todos los que están”, únicamente he oído lamentar a veces que “no estuvieran otros que también son”, leve reparo que en nada altera el elogio sin reservas a que usted se ha hecho acreedor, prefiriendo estas nobles y emocionadas inspecciones, labor de sonda espiritual en las entrañas de la raza, al rutinario, industrial y trivial retrato, a factura pingue de las damas de viso y el prócer de escudo o escudos...

Me impresionan y me interesan la austeridad y simplicidad de esta estampa, en ropaje casi talar de Ramiro de Maeztu que acusa un previo fantasma tan comprensivo del original en su voluntario y tenaz repliegue sobre el alma; mientras la mirada, escapándose, el cabello en desorden y la densa imprecisión del fondo informe nos lo instalan, inconfundiblemente en el centro de un aire de tormenta....

Baroja, otra vez.....Valle-Inclán, otra vez.....Salaverria..... “Azorin”.....Serenidad....¿ y por qué no desánimo? Impasibilidad, ¿ y por qué no desdén? Voluntad, ¿ y por qué no acometida? . Ojos voraces, penetrantes, claros; boca apretada, terca, defensiva, en pétrea quietud que casi olvidó el beso....¿ No están estas cosas y otras muchas en su perturbadora efigie de Azorin.....?. ¿Qué fino temblor de contrasentido cautivante en el hombre y la obra...? ¿Qué humano clamor? ¿Qué increíble mudez?.

Acaso con toda sencillez en la silueta parda de esa especie de Avila amurallada o Segovia, entre torres , arquitectura defensiva, de castellana ciudad de tierra adentro, que constituye el fondo del cuadro, a espaldas de esta alma levantina , ha dicho usted más para explicarnos su contrasentido cautivante, que varios volúmenes de crítica...

Una vez más: perdone usted mi involuntaria ausencia la noche del banquete, y créame de veras admirador y amigo suyo.

EDUARDO MARQUINA- EL Pueblo Vasco, Bilbao, 7-3-1923